Publicación interna
del Departamento de
Literatura

SEPTIEMBRE
21 AL 28
DE 2020

LA DISCRETA

Edición #7

Lo que ellos hacen adentro

Enviado por Alejandra Caballero

Me gusta como se refleja en mí el sol de las 4 de la tarde. El cielo me mancha todo y en el azul quemado del atardecer veo la forma en que las nubes se difuminan a medida que se mueve el globo. Las aves, aunque en esta ciudad son pocas, también pasan en ocasiones y entonces yo me siento como un lienzo en el que un pintor despreocupado ha decidido perder el tiempo.

A los vecinos que pasan a esta hora también les gusta ver cómo dibujo el cielo. Sin embargo, muchas veces ellos se olvidan de las otras cosas que pasan adentro. Ayer, por ejemplo, vi cómo asesinaban a un hombre dentro del anverso de mi reflejo que no da al cielo. No sé cómo, ni por qué ese hombre llegó tan decaído, pero lo cierto es que cuando salió él ya no era el mismo. La vida se le iba escurriendo como la sangre que fluía a chorros por su costado; los nudillos de los de verde también estaban maltratados. No porque mi cristal sea negro y reflectivo eso implica que yo no siento. Me dolió el primer golpe que le asestaron en su cara; pensé en el gesto de preocupación que pondría su familia al verlo. También me asusté cuando empezaron a darle patadas en el piso, ¿qué habrá hecho ese hombre para que lo trataran así? ¿Habrá matado a alguien? ¿Habrá violado a una niña indefensa? Me preocupa pensar que lo que siempre ha pasado aquí de puertas para adentro se esté volviendo costumbre para los ciudadanos.

Hoy me sigue doliendo todo lo que vi ayer desde dentro. Pero me duele aún más reconocer que no solo soy una ventana que refleja la belleza del cielo, sino que también soy parte de esta oficina en la que asesinan personas inocentes adentro. Mi trabajo normalmente consiste en proteger el Centro de Atención Inmediata de este barrio, pero la verdad hoy no me molesta estar quebrándome a pedradas cuando soy cómplice de un lugar que siembra muertos.

Ojalá que después de hoy a los vecinos no les baste con ver el cielo, sino todo lo que yo también represento. Que arda la ciudad entera si es necesario. Que quemen, rompan y destruyan todo lo malo que ellos hacen adentro. Que me deformen, que me trastornen. Que formen en mí algo nuevo.

Noche cerrada (2/3)

Enviado por Juan Pablo Guatibonza

II

Una tene línea de un tenue amarillo despuntó en lo alto de la cuesta, desbaratando el cielo extendió sus blancos brazos y largó, despreocupado, un bostezo. Aquí y allá unos rayos moteados de fresca luz; más arriba, un violeta constelado y profundo que sin embargo tornábase terso. A un tiempo la música de los pájaros y el trajín violento de las ramas y los arbustos. Desperezaba. Franjas intercaladas de claridad, en su extraña simetría, dibujaban figuras rectas en los picos áridos de la sierra, ora manchada de árboles frondosos, ora desierta y anaranjada. La niebla volandera, antes excesiva, se escurría silenciosa. El gris habitaba ahora en el alto cielo. Detrás del amarillo tenue y su tenue línea asomaba el rojo. Colores. El borde de la cuesta era ahora una robusta reunión de claridades encendidas y combinadas. Colores de la tierra. A veces, las horas tuercen su extensión para mejor alcanzarse, se enmarañan y bifurcan para detener el tiempo. El mundo entero despertaba.

Nada más verlo infundía vida, hinchaba de tal suerte el circuito de las venas que el ánimo de pararse y despertar avanzaba irrefrenable, desterraba el sueño y sus brumosas sombras; todo forzaba, al punto, a frotarse los globos somnolientos. Con qué placer los miembros retozaban y exigían más y más horas, más tardes y más vidas para gozar eternamente. El mundo invitaba a pasearse ocioso. La observación es acaso un pasearse con los ojos, y observador como soy correspondí el ofrecimiento. Más allá del ligero promontorio —umbral del valle y del grupo de altos chopos— reconocí un paraje que me era conocido. Aquella observación, embozada entre sendas columnas de niebla que engañaban la memoria, se tornó de golpe una vista de los sueños. A fuerza de fantasear con los recuerdos y las experiencias, éstas pasan a figurar en la materia predilecta de los sueños; a fuerza de reconstruir los sueños, hallamos su materia de fantasía en lo profundo de la memoria. Era aquel, sin duda, el almohadón de arbustos secos donde Malé me enseñó por vez primera las estrellas.

Ha tiempo que corríamos dando vueltas, perdidos entre la niebla y los abedules, antes del rito nupcial que habría de unir nuestras existencias paralelas. Dos casas de poder en ascenso, antaño enfrentadas, uníanse entre presagios de traición y muerte. Una imagen ofrecida por la vida que resultaba borrosa ante nuestros ojos infantiles, y lo resulta aún entre las láminas acumuladas de los años y los días. Es ahora un recuerdo tan anquilosado que conservo sólo la víspera y el dulce juego entre los rumores del valle. Aquello fue una tentativa de respuesta hacia un peligro

invisible, acaso un conceder beneplácitos largo tiempo ponderados. Los rumores anticipaban la llegada de los hombres erguidos, brillantes y divinos que habrían de presidir un bacanal de infinita muerte. Los presagios no exhibían, sin embargo, novedad alguna, eran más bien fórmulas antiquísimas. Su llegada, dijeron por entonces, era tan fatal como la vuelta ininterrumpida de los astros. Largos años antes habían desembarcado y ahora remedaban a aquellos animales que aguardan el ataque para falsear sus propósitos.

Como tengo dicho, Malé esbozó el recorrido de las estrellas cuando en noche cerrada nos tumbamos en el almohadón de arbustos, aquel mismo almohadón que ha precipitado el recuerdo. Nada más consumar la unión, la casa entera se volcó hacia los dominios recién adquiridos y empezamos a compartir la tierra y el cielo, los animales y las explanadas de tierra fértil. Sobre las demás cosas compartíamos un bonito perro gris de cola animada, orejas enmarañadas y nariz de granito. Pasado un tiempo, Malé trabó amistad con los adivinos que concluyeron, cotejando al búfalo del cielo con la forma del agua en la espalda de un recién nacido, un contacto fatal con los hombres brillantes y siempre erguidos. Desde entonces, las casas retornaron al estado primero de rencores y recelos; Malé y yo, en cambio, extremamos en nuestro propósito de comunicarnos con las estrellas y estrechamos los lazos de una complicidad deseada largo tiempo. Pero ningún esfuerzo valió lo propio y hete aquí que nos separa el trecho que ahora recorro. Cada tanto tiempo, bajo la excusa de intercambiar información, dejaba con la nodriza de Malé uno que otro verso tonto. Sólo las estrellas nos comunicaban versos entonces, hacían las veces de confidentes y exageraban con portento los cariños inseguros. La bóveda entera daba color y sentido a los gestos que, inarticulados, se echaban a volar como un denso humo a favor de una brisa repentina.

El extenso hilo de las horas y los días se paseaba por el ancho valle, detenido en el amarillento arbusto venía a ceñir con fuerza la coronilla de mi cabeza y desplegaba el desordenado mecanismo de la memoria. Aquello era, sobre las demás cosas, la sucesión infinita de colores desvaídos. Pero no colores semejantes o vistosos, no cercanos a los sentidos ni los colores de la infancia; sino vertiginosos remolinos policromáticos, cada vez más profundos y más oscuros, que venían a prefigurar la bóveda estrellada.

—Ése que ves está saludando con un alarido. Cuando lo acompaña una línea de estrellas atrás quiere decir que se está despidiendo.

Escuchar su voz me despabiló de improviso. Cuando reparé en el artificio de la fantasía era ya media mañana y los colores del cielo se habían marchado. Largo tiempo había estado soñando. Comprendí entonces que solazarme en el valle de abedules contrariaba el importante recado que debía llevar a término. No traía, muy a pesar mío, versos para la nodriza de Malé; traía, eso sí, un mensaje solemne y que revestía importancia. Cuando torcí en el camino y

recuperé la senda guijarrosa era pasado mediodía. Corrí por el designio imperioso que me venía de alguna parte.

Muy entrada la tarde, asomé por el promontorio que daba a los extensos dominios de Malé. Aquello era una explanada yerma de anchos valles y el rumor entrecortado de un arroyo verdiazul. Lisas piedras ceñían, acumulándose en los bordes, la fracción pequeña de chozas y calderos simétricamente dispuestos en medio circulo. Al cielo no lo tachonaba ya ninguna columna de negro humo. Nadie salió a recibirme. Cuando bajé del promontorio, comprobé dos o tres chozas de alto techo vacías y abandonadas. Imaginé un casamiento en la choza principal. Podía uno pararse en el umbral a ver el baile cíclico de las dos casas significando unión. Aquí y allá regaban aromas de vida y cópula, las caras todas embadurnadas de azul y rojo remedaban las muecas de las bestias. La música del cielo marcaba el ritmo sucesivo de la voluptuosa danza.

La choza principal estaba también vacía.

Un agudo rumor, que me era extrañamente conocido, llegaba del extremo de la explanada. Cuando viré en seco y me paré a escuchar con atención, el rumor se hizo más fuerte. Venía de la choza alta y robusta que antaño sus padres le legaran a Malé. Oscurecía. La luz débil de una pequeña lumbre ardía dentro.

Cuando crucé el umbral, pude ver al bonito perro gris que en tiempos jugaba animado en el prado, con la sombra de sí mismo se entretenía ocioso y se sonreía íntimamente. Tumbado en el lecho de Malé, revolviendo con las patas algo de tierra y temblando él mismo ya sin demasiados ánimos, lloraba los despojos de sus dueños.

Fotografía: Federico Silva Borrero

Respuesta mediática

Enviado por Daniela Güiza Mesa

Nos mandaron a cubrir nuestra boca,
alzamos la voz

nos callaron otros.

Si sale a manifestarse, La Discreta le recomienda saber muy bien por qué

Si sale a manifestarse, La Discreta le recomienda saber muy bien por qué

Si sale a manifestarse, La Discreta le recomienda saber muy bien por qué

También le recuerda que esto salió hace casi un año:

https://cerosetenta.uniandes.edu.co/manual-contra-esmad/

¿Quieres estar en* La Discreta*? Ten en cuenta lo siguiente:

I. La publicación digital *La Discreta* circula semanalmente durante el semestre académico entre miembros del Departamento de Literatura.
II. Cualquier miembro de la comunidad puede enviar material a *ladiscreta@uniandes.edu.co* y será publicado, a menos que atente contra la integridad de alguien más.
III. *La Discreta* es un espacio informal que recibe material creativo y crítico para establecer un diálogo horizontal y literario entre las personas del Departamento, con posibilidad de respuesta.
IV. La publicación es gratuita y sin financiación.
V. *La Discreta* funciona como medio de difusión, por lo tanto no se responsabiliza directamente por las creaciones de los autores. El o la autora se hará responsable de su contenido y forma.
VI. Todo contenido debe llevar el nombre del o la autora y no puede llevar seudónimo.